

Si de tí me olvidare, Solima,
 Hierro agudo mi mano segregue,
 A las fauces mi lengua se pegue
 Si un recuerdo jamas te negué.

Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
 Eres hoy de dolor monumento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

Cual gigante se alzó el Idumeo.
 Precedido del hierro y el fuego:
 Tú lo viste frenético y ciego,
 ¡Oh Señor! devastar á Salen.
 "¡Que perezca!" clamó como trueno,
 Y los muros derrumba violento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

Babilonia insensata, ya el cielo
 Te apareja tremendo castigo,
 El acero del crudo enemigo
 Templará con tu sangre su sed;
 Y verás como ardiente, insaciable,
 Se apacenta en tus hijos, sangriento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

PLEGARIA A MARIA.

A tí, Señora, poderosa y santa,
 Desfallecida el alma y sin aliento
 Dirige su plegaria, á tí levanta
 Su doloroso acento.

Si en negra tempestad vuelves los ojos,
 El cielo al punto muéstrase sereno,
 El piélago refrena sus enojos,
 Calla el rugiente trueno.

Al fiero Querubin, que un tiempo pudo
 Los cielos escalar, tú lo encadenas:
 Del pueblo religioso eres escudo,
 Y de valor lo llenas.

¿Quién eleva á tu trono su querella,
 Que socorro no encuentre en tí, María?
 Eres astro de luz, del mar estrella,
 Que á la salud nos guía.

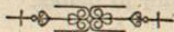
Eres prenda feliz, arca de alianza,
 Del triste pecador dulce consuelo,
 Anuncio de la paz y la esperanza,
 Eres puerta del cielo.

En sombras y dolor vago perdido,
A mi auxilio, Señora, ven apriesa:
Contra mí el enemigo enfurecido
De maquinarse no cesa.

Ten de mí compasión en aquella hora
Cuando próximo el término á la vida,
El alma desdichada gime y llora
Pensando en la partida.

Un lugar tenebroso se la espera:
De pecados y errores cuenta larga:
Castigo que las penas ecsaspera:
De Dios ausencia amarga.

¡Ah! que tu llanto, ante la cruz vertido,
No sea inútil ¡oh Madre de piedad!
Bálsamo sea del corazón herido,
Y limpie mis maldades.



MARIA EN EL CIELO.



Donde el Empíreo candido y sereno
Mas sublime se encumbra,
Y el trono del Cordero, siempre lleno
De claridad, relumbra:

Do selvas inmortales y estendidas,
Tejidas de esmeralda,
De flores de carmin se ven vestidas,
De púrpura y de gualda:

Do al soplo de las auras bulliciosas,
En praderas amenas,
Se mecen los claveles y las rosas,
Y blancas azucenas:

Do la tórtola arrulla, y la paloma
Canta en el bosque denso,
Difundiendo á los vientos grato aroma
El nardo y el incienso:

Do se estienden las fuentes y los ríos
Y lagos transparentes,
Que retratan los árboles sombríos,
Y torres eminentes:

Do la celeste Sion, que allí aparece
Brillando en sus espacios,
Se ostenta misteriosa, y resplandece
Con muros de topacios;

Ciudad, en cuyas plazas y confines
Resuena dulce canto,
Y alaban sin cesar los serafines
De Dios el nombre santo:

Allí tiene su asiento soberano
La Madre de clemencia,
A quien colma de dones por su mano
La Suma Omnipotencia.

Guarda de sus alcázares la entrada
Ejército triunfante,
Laureada la sien, la diestra armada,
Vestido de diamante.

Al viento ondean, en torres y en almenas,
Banderas y pendones,
Que ven de gozo y de respeto llenas
Del cielo las regiones.

Allí la castidad cándida y pura
Sus pabellones alza,
Y la inocente y maternal ternura
Unida á Dios se ensalza.

Cuando en favor del hombre se levanta,
Mas bella que la aurora,
La que á toda criatura se adelanta,
Y el universo adora;

Vístela el claro sol de luz radiosa
Sin mancha ó sombra alguna,
Ciñen estrellas su cabeza hermosa,
Calza sus piés la luna.

Arco el iris le forma de colores
Variados, peregrinos:
El aire llueve inmarcesibles flores
Ante sus piés divinos.

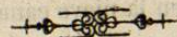
Entre nubes de olores la circundan
Espíritus alados,
Que del cielo los ámbitos inundan
Con cánticos sagrados.

Y llénanse los cielos de luz pura,
Los vientos de alegría,
Las moradas eternas de hermosura,
Sus coros de armonía.

La tierra la proclama su abogada,
Los cielos poderosa,
Y la inefable Trinidad sagrada
Hija, Madre y Esposa.

Cuando interpone por el mundo ciego,
De crímenes culpado,
Ante el Señor su poderoso ruego,
Quita el rayo á su mano.

No hay lengua inteligible en que no suene
De María el dulce nombre:
Ella el imperio de los cielos tiene,
Y es la madre del hombre.



A LA SANTISIMA VIRGEN

DE

GUADALUPE.

YACIA en profundo error, presa del duelo,
El mexicano, en noche tenebrosa,
Cuando del Santo Amor la Madre hermosa,
Llena de compasion, bajó del cielo.

Rompe de su ignorancia el negro velo,
Muéstrale de la fé la luz gloriosa,
Y le deja en su imágen portentosa
La enseña de la paz y del consuelo.

Entre las rocas de la tierra indiana
La ave tierna cantó con melodía;
Nacieron flores en la nieve cana:

Los cielos se vistieron de alegría;
Y eterna fuente de piedades mana
Donde sus plantas asentó María.

ENSAYOS

Y

FRAGMENTOS EPICOS.

FRAGMENTOS

DE UN POEMA TITULADO:

MOISES.

I.

Pintura de Menfis y del palacio de Faraon.—Se presenta Moises ante éste.

EN las frondosas márgenes, que riega
El raudo Nilo en dilatado curso
La populosa Ménfis se elevaba,
Célebre un tiempo en armas y doctrinas
Y en placeres tambien. En sus espacios,
En sus plazas y pórticos sonoros,
Sostenidos de escelsos arquitraves
Y columnas robustas, circulaba
La multitud confusa: sus alcázares,
Moradas de riquezas y deleites,
Tocaban con sus cúspides al cielo:
En sus frescos jardines, bajo sombras
De vividoras palmas y de yedras

Sonaban fuentes, querellosas flautas,
 Y el canto del amor: sus bellas hijas,
 Coronadas de rosas y de mirtos,
 Formaban danzas y lascivos coros.
 Todo en aquel lugar era contento:
 El poder derramaba allí su pompa,
 La liviana fortuna sus favores,
 Y el placer voluptoso sus delicias:
 Solo el nombre de Dios era olvidado,
 Y el fiel adorador era oprimido.

En medio la ciudad, bajo alto techo
 De vistosos y ricos artesones
 En que el oro y colores relucian,
 Sobre sublime asiento reclinado
 Se mostraba Faron, á cuyas plantas
 La rodilla inclinaban obedientes
 Ciudades grandes, numerosos pueblos,
 Y naciones y tribus. Ante el sólio
 Elevado y magnífico, asistian
 Con sumiso ademan magos y ancianos
 Dotados de saber, guerreros fuertes
 Con doblados aceros en las diestras.
 Del monarca eran leyes las palabras,
 Las miradas mandatos. ¿Quién osado
 Burlára su poder? ¿Quién sus preceptos
 No acatára temblando?

El sol ardia,
 Y espléndido su curso promediaba
 Iluminando el mar, la tierra, el éter:
 Su disco de oro se espejaba trémulo
 Del ancho rio en las movibles ondas;
 Y la brisa con alas empapadas
 De esencias y gratísimos olores
 Giraba levemente, levantando
 Fragante nube de ligero incienso
 Del trono en derredor. Un noble prócer

Inclinándose ante él, y entrambos brazos
 Cruzando al pecho con respeto, dijo:
 “A tus puertas ¡oh rey! dos forasteros
 Permiso piden para entrar, y escigen
 Llegar á tu presencia, su demanda
 Esponerte, Señor, y ver de cerca
 Tu escelsa magestad.”—Silencio breve
 Reinó en la estancia, y el monarca alzando
 Su cetro de oro concedió el permiso.
 Dos personas llegaron, y ante el trono
 Hicieron respetoso acatamiento.
 Eran Moisés y Arón, enviados ambos
 Por Jehováh soberano al pueblo suyo
 A romper la cadena en que gemia
 Como esclavo infeliz en aquel suelo.
 Atrayendo de todos las miradas,
 Y pendiente el concurso de sus labios,
 Moises, volviéndose al monarca, dijo:—

“Permite, oh rey, que en libertad anuncie
 La divina mision con que el Eterno
 A tí me envía y su querer declare.
 No te empezca, Señor, si de mi boca
 Desnuda sale la verdad, y pido
 (De vil temor y de altivez escento)
 Para mi pueblo libertad. Escucha
 Benigno mis razones, y hallen ellas
 Allá en tu corazon grata acogida.
 De Jacob la familia á estos lugares
 Con permiso del rey un tiempo vino
 Y en ellos se estendió. Benigno el cielo
 La colmó de favor. Cual la semilla
 Con el riego y cuidado se propaga,
 Y crece y fructifica, así este pueblo
 Se propagó sin término, abastado
 De bienes y ventura. Mas no altivo
 Hizo á tus leyes resistencia: siempre

Te obedeció, señor, dando el ejemplo
 De sometido y fiel. Despues sin causa
 Reducido se vió á la servidumbre.
 Plégate de ella desatarlo y darle
 La dulce libertad que antes gozaba.
 Sabe que desde el cielo Dios ha visto
 Su lamentable suerte, y ha dispuesto
 Que destrozado el yugo que lo agobia,
 Salga de esta mansion, y agradecido
 Le ofrezca en el desierto un holocausto,
 Siendo yo quien lo rija y lo conduzca:
 Concédeme que cumpla sus preceptos."

El rey con estrañeza así responde:
 "¿Quién eres tú, que à mí locas demandas
 Te atreves á poner? ¿Qué Dios es ese
 Para que así le escuche, y necio rompa
 La cadena, yo mismo, con que atado
 Sirve ese pueblo vil?"

Los dos entónces

Aaron y Moises así replican:
 "Del Supremo Señor que rige el mundo,
 Y dá el imperio y del poder despoja,
 Ministros somos. Por su voz llamados
 Debemos dirigirnos al desierto,
 Donde con pecho y corazon sencillos
 Un sacrificio le ofrezcamos...."

"Cese

Vuestro indiscreto hablar, clamó indignado
 El monarca, callad: yo haré severo
 Que ese pueblo insolente se reprima
 Con debido rigor. De sus tareas
 No desviarlos intenteis, si de mi enojo
 No quereis que os oprima el grave peso.
 ¡Ministros! redobladle los trabajos

Duplicadle el afan: mirad que audace
 Se aumenta con el ócio y se envanece,
 Maquinando proyectos con que aspira
 A sacudir el yugo de sus hombros.
 Enmudezca, y conozca que ha nacido
 Para vivir tan solo en la obediencia."—

Sin escucharlos mas, llenos de oprobio
 Ambos de aquel lugar echados fueron,
 Fulminando sobre ellos amenazas.
 Silencioso Moises fuese llorando
 Del cáudalosó rio por la ribera.

II.

Esclavitud de los Israelitas.

Entónces mas que nunca encrudecida
 Se alzó la tiranía. La tierra dura
 Regada del esclavo miserable
 Con el triste sudor, dábale apenas
 Sustento escaso. De su mano débil
 El fruto opimo á su Señor pasaba.
 Sin patria y sin hogar, destituido
 De bienes y consuelo, le eran propios
 Solo la desventura y el trabajo.
 Cuando la aurora con remisas luces
 Despuntaba en Oriente, dando vida
 Al universo, comenzaba entónces
 Su difícil tarea. Cuando á la cumbre
 Tocaba el sol del abrasado cielo,
 Rudá lo molestaba sin descanso
 La bronca voz de agreste sobrestante;
 Y despues que la noche silenciosa
 Largo tiempo en el cielo discurría,

Apenas le era con rigor medido
 Tiempo para el sosiego. Su cabeza
 Agobiada de horror y pesadumbre
 Jamás al sueño se entregó, apacible;
 Que en medio de él la imágen le aterraba
 Del tirano cruel. Los blandos lazos
 De amor, fueron para él duras cadenas
 Y origen de pesar. Triste y esclava
 A su esposa miró, y al hijo tierno
 También esclavo. Cuando el pecho estéril
 La triste madre con dolor le daba,
 Mezclaba con sus lágrimas la leche:
 Furtivo el beso le aplicó á sus labios:
 Nunca en descanso lo estrechó á su seno,
 Ni pudo prodigarle sus caricias.
 El cuerpo, los sentidos, las acciones,
 Los subyugó un señor, que aspiró impío
 A dominar también la inteligencia,
 Y ofuscar la razon y oprimir la alma,
 Del Hacedor clarísimos destellos.

De llanto y de terror aquellos dias
 Fueron para Judá. Sus tiernas vírgenes
 Lamentaron con lúgubres endechas
 Su perdido valor, su faz marchita,
 Y ofuscada su luz. Alto gemido
 Resonó por los campos y ciudades.

III.

Alocucion de Moises á los Ancianos de Israel.

Ancianos de Judá, prestad oído
 De mi labio á la voz, baje mi acento
 A vuestro corazon, no como el rayo
 Que la alta cumbre con estruendo hiere

Y la quema y abrasa; mas cual lluvia
 Que cayendo benigna de las nubes
 Empapa blandamente las campiñas.
 Mi lengua narrará desde su origen
 Lo que ordenó el Señor. En otro tiempo
 Prófugo me ausenté de estos lugares,
 Huyendo del rigor que en ellos sufre
 Nuestro pueblo infeliz; y allá en la tierra
 Lejana de Madian, viví tranquilo
 De mi suegro cuidando los rebaños
 Como simple pastor. De las ciudades
 Aborrecí la pompa, y mis deseos
 No salian de las tiendas y rediles.
 Memorias dolorosas de mi pueblo
 Con frecuencia venian á conturbarme,
 Y destrozár mi seno. Contemplaba
 Con intenso pesar su servidumbre,
 Y derramaba lágrimas estériles.
 La esperanza perdí de su rescate
 (Al menos en el curso de mi vida)
 Y si acaso una ráfaga ligera
 Alguna vez miré, fué cual relámpago
 Que hace en la sombra un sulco y desaparece.
 Un dia que el ganado apacentaba
 Penetré por acaso en el desierto,
 Y en el Oreb entré, monte sagrado:
 Donde ví de repente, que una zarza
 Envuelta en vivas llamas, toda ardía,
 Sin consumirse, y dije sorprendido:
 Voy á ver por mi vista este milagro:
 ¿Còmo es que arde la zarza y no se quema?
 Entónces una voz de entre las llamas,
 “Moises, Moises,” me dijo:—y yo repuse,
 Señor, aquí me tienes.—“No prosigas,
 Continuó, mas desata tus sandalias,
 Porque es santa la tierra que hora huellas.
 Yo soy el Dios de Abram, el de tu padre,
 Y el de Isac y Jacob.”—Cubrí mi rostro

Sin atreverme á ver tanto prodigio,
 Y desligué el calzado de mis plantas.—
 “Yo ví (siguió la voz) desde los cielos
 Lo que sufre mi pueblo, sus clamores
 Llegaron á mi oído, y he bajado
 A templar su dolor, á darle ensanche,
 Sacarlo del destierro, y conducirlo
 A otra tierra féráz, buena, espaciosa,
 Que brota de su seno miel y leche:
 La que á Abram ofrecí y á su linage
 En perdurable don. Vé, y te apresura
 Para partir á Egipto, donde quiero
 Que á su Farón intimes de mi parte
 Deje salir en paz el pueblo mio.”—
 ¿Quién soy, repuse yo, para que logre
 Persuadir al monarca á dar al pueblo
 Soltura y libertad? Yo sé que tú eres
 El Dios de nuestros padres, y conozco
 Tu infinito poder; mas si me piden
 Que declare tu nombre ante las gentes,
 Entonces ¿qué diré? Mira que me hallo
 Sin gracia y valimiento, ¿cómo puedo
 Lo que mandas, cumplir?—“Yo iré contigo,
 El Señor replicò, y mi nombre es este:
 EL QUE ES: con esta voz en todos tiempos
 Conocido seré. Yo formé el mundo,
 Dueño soy de los cielos y la tierra,
 Soberano y Eterno. Mis mandatos
 Despreciará Farón; lo sé, y por esto
 Estenderé mi brazo poderoso,
 Quebrantaré su pueblo, y con prodigios
 Salvos os sacaré de entre sus manos.—”
 Mal seguro y dudoso todavía
 Le repliqué, Señor, y si dudaren
 De la verdad ¿qué haré?—“Toma tu vara,
 Dijo el Señor, y arrójala en la tierra.”—
 Hícelo, y al momento convertida

Quedó en una serpiente, que veloce
 Giraba por el suelo, y tortuosa
 Con nudos y revueltas se enredaba.
 Huir quise espantado, mas me dijo
 El Señor, la cogiera, y al momento
 A recobrar volvió su forma antigua.
 Al seno me previno que metiera
 La mano, y la sacára, y la ví toda
 Mas blanca con la lepra que la nieve;
 La volví á introducir y quedó limpia.—
 “Si cuando intimes tú mi órden suprema
 Crédito no te dieren, un prodigio
 Harás, dijo el Señor: si persistieren
 En su necia ceguera, haz á sus ojos
 Manifiesta una nueva maravilla;
 Y si aun no me dieren obediencia,
 Descargaré sobre ellos mis furores,
 Volveré sangre el agua de su río,
 Los llenaré de plagas, y la muerte
 Derramará el espanto en sus moradas.”—
 Prometióme de nuevo sus ausilios,
 Y me mandó por último tomase
 Por compañero á Arón de aquesta empresa.
 Partí de aquel lugar lleno de asombro,
 A mi casa volví, tomé mi esposa,
 Que de su padre se apartó llorando,
 Y yo también llorando, adios le dije.
 Empeñé mi camino pobremente
 Por arenas y estériles quebradas,
 Con ánimo y valor. La suma empresa
 De que vengo encargado, combatía
 Con viva agitacion mi pensamiento:
 Miraba por delante mil peligros,
 Zozobras, riesgos, azarosos lances
 Que à prueba ponen la constancia: via
 Las dudas de mi pueblo, sus sospechas,
 Y la dureza de Farón; mas nada
 Pudo ya detenerme, que el Eterno
 Me alienta y fortifica: sus preceptos

Viven en mí grabados. Una tarde
 Cuando el sol ocultaba ya sus luces,
 Al rendir con cansancio la jornada
 Un Angel ví, que alzándose terrible
 Sale à mi encuentro y me amenaza airado,
 Diciéndome:—"Si eres israelita,
 ¿Còmo tienes un hijo incircunciso?"—
 Al punto mi muger toma temblando
 Un pedernal, y al niño circuncida
 Y bañando mis piés con sangre, esclama:—
 "¡Eres tú para mí sangriento esposo!"—
 El ángel se ausentó diciéndome antes:—
 "El que escogió el Señor para ser guía
 De los demas, y guarda de sus leyes,
 Perfecto debe ser."—Yo mi camino
 Seguí de nuevo, y al Oreb llegando,
 Lugar de la vision, monte eminente,
 Veo que mi hermano Arón viene, y el ósculo
 Dándome de salud—"A tí me envía
 El Señor, dice, y seguiré constante
 Tus huellas."—Yo le estrecho entre mis brazos,
 Pongo en su boca las palabras santas
 Que escuché del Señor, y le confío
 La misteriosa vara. Caminamos
 Muchos dias por el árido desierto:
 Toqué del Sinai las quebradas faldas,
 Vi del Mar Eritreo las turbias ondas,
 Y circundé solícito su orilla.
 Dejé los anchos campos que me dieron
 En mi persecucion seguro asilo,
 Y de nuevo miré la tierra fértil
 Del celebrado Egipto. ¡Cuán hermosa
 Apareció á mis ojos! ¡Qué recuerdos
 Tan opuestos sentí! Si era mi patria
 Era tambien suplicio de mi pueblo.
 Entónces os junté, y presente os hice
 La aparicion de Dios, sus prevenciones

Y estas mismas palabras que hoy refiero:
 (Perdonad si mi labio las repite)
 Al rey me dirigí, cuya soberbia
 Se irritó con oirme, y mando al punto
 Acrecentar al pueblo sus trabajos
 Sin tasa y miramiento. Desde entónces
 Vive el dolor tenaz en mis entrañas,
 Vive la compasion, mas tambien vive
 Firmísima esperanza. El Dios escelso
 Que de los hombres las acciones pesa
 En eterna balanza, y que escudriña
 Los corazones con su luz, permite
 En el rey de la dureza, por castigo;
 Y en nosotros, por prueba. Estoy seguro
 De la eterna verdad de sus promesas:
 Son mas firmes y estables que los montes:
 Mas que el sol y la luna permanentes:
 Primero faltarán los astros todos
 Que ellas, en solo un ápice. Dispuesto
 Estoy á sostenerlas y á sellarlas.
 Derramando mi sangre. Hermanos míos,
 No ofendais al Señor con vanas dudas:
 Dejarémos bien pronto esta morada
 De amargura y tormento, y pasarémos
 A otro suelo feliz de paz y dicha,
 Do crezca nuestro pueblo y se dilate,
 Y en él erija el culto verdadero:
 Do nazca el Salvador, que de la tierra
 Entera lanzará la servidumbre,
 Y el reino afirmará de la justicia
 Por siglos y mas siglos. ¡O tú, cielo,
 Apresura este plazo, y nos envia
 Noble resolucion y alta esperanza,
 A fin de que ayudemos esforzados
 A que tengan efecto tus promesas.

